

Presentación

Apresentação

Presentation

Susana Dominzain¹

Luisina Castelli Rodríguez²

Notas sobre los rumbos de la investigación entre trabajo y cultura

Los estudios sobre la cultura han estado pautados, en América Latina, por una mirada eurocéntrica que ha llevado a que el problema de “otros” se convierta en un problema de “nosotros”. La matriz colonial del poder, como señala Remedi, conlleva una forma de pensar y actuar, donde subyace el proyecto ilustrado de modernización cultural que hicieron suyos los estados nacionales y que se manifiestan en sus políticas (REMEDI, 2016, p.91). Estos fueron los referentes a la hora de estudiar la cultura. Fue así como la gestión cultural, las industrias creativas, el patrimonio, entre otros temas, se convirtieron en centro de atención en un continente que mostraba su hibridez y heterogeneidad y, a la vez, daba señales de otro tipo de problemas.

Actualmente, si bien la dependencia se mantiene, surgen investigaciones que dan a conocer perspectivas con acentos locales en el cómo y el qué enfocar en el terreno de la cultura, revelando, al hacerlo, su conexión con transformaciones sociopolíticas emergentes. La precariedad del trabajo artístico y las condiciones laborales de las y los artistas, así como las percepciones acerca de las desigualdades de género en el campo de la cultura, son hoy temas de interés. Lo son, asimismo, las políticas culturales del nuevo siglo, con relación a las

¹ Doctora en Ciencia Sociales, Universidad General Sarmiento. Directora del Centro de Estudios Interdisciplinarios Latinoamericanos de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (Udelar). Integrante del Sistema Nacional de Investigadores (SIN, ANII), Uruguay. susanadominzain@gmail.com

² Investigadora del Centro de Estudios Interdisciplinarios Latinoamericanos de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (Udelar). Doctoranda en Antropología Social (IDAES, UNSAM). Integrante del Sistema Nacional de Investigadores (SNI, ANII), Uruguay. castelliluisina@gmail.com

cuales se trata de estudiar sus efectos en términos de ciudadanía y el impacto simbólico y material en la vida de los sujetos. La resistencia cultural ante la discriminación o la amenaza a los derechos también son parte de la agenda en nuestro continente. De esto da muestra este dossier, que ha dado en llamarse sobre *Minorías, trabajo, y políticas culturales en América Latina*, el cual cuenta con valiosas contribuciones de Itzel Ibargoyen, Mariana del Mármol, Juliana Díaz, Juliana Verdenelli, Paula Simonetti, Sol Scavino, Deborah Duarte, Bruno Casalotti, Yasmina Azziz, Kildina Veljacic, Emmanuel Samuel, Karen Wild Díaz y Luisina Castelli Rodríguez.

La precariedad de la producción artística y laboral que experimentan las y los trabajadores de la cultura está estrechamente vinculada a las desigualdades de género y al desencanto del sector (ZAFRA, 2017). En términos de políticas de empleo y seguridad social, salvo excepciones, el sector cultural ha sido marginal y, a su vez, las desigualdades entre las diferentes disciplinas artísticas y expresiones culturales son notorias, no solo con respecto a otros rubros sino entre sí mismos. De esta forma, mientras una selección de artistas consolida sus fuentes de ingresos y sus trayectorias, otros deben desarrollar sus carreras sosteniendo otros trabajos y no llegan a contar con el reconocimiento público esperado; en el rubro técnico que acompaña la labor artística, se trabaja *free lance* durante largas jornadas y difícilmente se accede a estabilidad laboral; mientras que, la labor de quienes se desempeñan en la gestión cultural, permanece en un gris indeterminado, sin olvidar que muchas veces estas funciones son realizadas por las mismas personas, auténticos “emprendedores” de la cultura.

El problema, como vemos, no puede reducirse a una cuestión de ingresos, pues son múltiples y se manifiestan ensamblados, los elementos que hacen a la precarización del sector. En determinados ámbitos, en particular en el Estado y los lugares donde se toman las decisiones, creadores y artistas son considerados, en algunos rubros, de primera y segunda categoría. Las viejas y tradicionales concepciones de una “alta cultura” versus “baja cultura” han llevado a aumentar brechas y diferencias. Asimismo, en los últimos tiempos “ha ocurrido que la valoración del ejercicio artístico se ha socializado del lado de la afición y el placer como aquello practicado en tiempos ociosos y considerado difusamente como actividad laboral” (ZAFRA, 2017, p.19). Esta asociación de las actividades culturales con entretenimiento desvaloriza la labor de creadores y artistas y devalúa su condición de trabajador. Éste ha sido y sigue siendo un problema real: cómo la sociedad civil concibe a sus artistas y cómo está muy presente en el imaginario colectivo que “vivir de la cultura no se

puede” o entender que la cultura es un *hobbie*, y, por tanto, algo pasajero y sin mayor importancia (DOMINZAIN, 2020).

El tema adquiere mayor complejidad cuando, en la búsqueda de una definición, las y los artistas refieren a su trabajo “como condición excepcional”, sea como una suerte de “excentricidad”, como “privilegio”, o como una “carencia” en el marco de las garantías sociales (PINOCHET, et al., 2019), o incluso, podríamos agregar, para articular estas dimensiones. De este modo, tanto en términos de los contenidos como de las formas en que se ejerce, el trabajo artístico es pensado por quienes lo hacen como una práctica distintiva, que no se rige por las convenciones sociales. “En ocasiones, incluso, la reflexión que los artistas realizan sobre sus propios privilegios y excepciones contribuye a consolidar un imaginario en el que arte y trabajo resultan excluyentes” (PINOCHET, et al., 2019, s/p).

Así, en el seno del capitalismo tardío, a la vez que constatamos una creciente precarización de la actividad artística y de los oficios conexos —que en algunos aspectos los torna semejantes a otros trabajos marginalizados, como los *delivery* de las *apps* globales—, la naturaleza de estos trabajos es un tema que continúa en discusión dentro del propio campo cultural. ¿Son las y los artistas trabajadoras/es? ¿Es su quehacer equiparable al de otros sujetos no artistas? ¿Por qué razones debería serlo y por cuáles otras no? La excepcionalidad, del arte —el gasto improductivo, podríamos incluso decir con Bataille (1987)—, sigue siendo un debate abierto que, a la luz de la creciente y cada vez más visibilizada precarización, demanda atención.

En lo que respecta a las desigualdades de género en el campo de la cultura se basan en estereotipos y moralidades de género socialmente extendidas, por ejemplo, la asociación de las mujeres con lo doméstico y la relegación de lo laboral y/o vocacional frente a la maternidad, la creencia que son más aptas y eficientes que los varones para tareas administrativas, mientras ellos tienen aptitudes “innatas” para ejercer los cargos de mayor jerarquía, entre otras (DOMINZAIN et al., en prensa). Como muestran varios de los artículos que hacen parte del dossier, la crítica a las desigualdades de género en el terreno de la cultura llegó para quedarse. Esto es evidente en la investigación, pero también en el activismo e incluso en algunas políticas públicas y éste desplazamiento abre la puerta para continuar pensando otras dimensiones hasta ahora escasamente abordadas, como cuestiones étnico-raciales, generacionales de clase y de diversidad.

En la órbita de la cultura existen estereotipos especialmente en el ámbito artístico que tienden a naturalizar y normalizar las relaciones tradicionales de poder entre hombres y mujeres cisgénero y a excluir a personas transgénero. Pero también hay estereotipos que dejan “fuera de juego” a personas corporalmente diversas, sea como creadores o como espectadores. En el ámbito de la creación, los roles en escena, las imágenes en el cine, las historias en los libros, la fotografía, la pintura, Internet y los videojuegos, reflejan estas relaciones de poder al mismo tiempo que transmiten valores, roles convencionales y estereotipos existentes en la sociedad (DOMINZAIN et al., 2012). No obstante, estas valoraciones cobran matices al ponerse en relación con las prácticas de los ámbitos culturales/artísticos; por ejemplo, surgen consideraciones a propósito del talento y la actitud en tanto “artistas” y el capital cultural juega un papel de relevancia.

En lo que refiere a las políticas culturales, al menos desde comienzos del siglo XX, podemos advertir la existencia de instancias de negociación y conflicto en torno a recursos materiales y simbólicos entre el Estado y el campo cultural, así como negociación y conflicto entre los actores de los distintos sectores de este campo en su búsqueda de reconocimiento por parte del Estado. La histórica marginalidad de diversidad de prácticas y universos de sentido que están más allá de las expresiones hegemónicas se ha revertido, dando paso a un mayor interés no solo de académicos, intelectuales y artistas sino también de los políticos. De esta manera, se comienza a tomar en cuenta el peso y la incidencia que la cultura, bajo sus múltiples expresiones, logra tener en la conformación de una sociedad democrática, inclusiva y diversa, pero también como espacio de poder.

El carácter eminentemente social y redistributivo de las políticas culturales del nuevo siglo y su sentido político hacen pertinente colocar la interrogante acerca de cuáles son sus efectos. Desde la investigación se intentan realizar aportes en este sentido. Es necesario recordar lo señalado por Gonzalo Carámbula, cuando hacía referencia a las políticas culturales ya sea en el ámbito privado como público, y entendía que habían llegado a una especie de “meseta” cada vez más compleja, la cual debemos visualizar para imaginar cambios que respondan a una “ecosistema cultural” —sostenía—, donde se articulen gestores, ciudadanos, artistas y la comunidad.

Por último, es preciso mencionar los cambios que suscitó la crisis sanitaria mundial. En pandemia la libertad se ha visto coartada, y en el caso de las y los artistas y otros trabajadores informales y no estables del campo de la cultura ha mostrado no solo su

fragilidad sino su impotencia ante una realidad que les desborda, pero a la vez desafía a una mayor creatividad, inventiva y organización colectiva de los distintos sectores. Es de tener en cuenta que uno de los primeros indicios de que la cuarenta nos preservaba, pero a la vez perjudicaba, quedó a la vista entre ellas/os. Su precariedad siempre presente se manifestó y la sociedad se enfrentó a una realidad hasta el momento banalizada.

A la vez, con la pandemia la gratuidad de los productos culturales —libros, películas o conciertos— se ha extendido, lo cual coloca un gran peligro para un sector que de por sí es frágil (LA JORNADA, 04/05/2020). La gratuidad puede sonar a solidaridad, pero a la vez expone lo poco que se conocen las peculiares condiciones de trabajo de artistas y gestores y confirma que arte y trabajo no son excluyentes.

Sostiene Remedios Zafra (2018) que el sistema no evoluciona en pos del bienestar de las personas, sino que avanza de una forma deshumanizante, lo que lleva a que se piense que deberán ser aquellas quienes se adapten a los nuevos cambios para no acabar fuera del engranaje. La autora insiste en que la resistencia debe tener lugar y de esa manera no permanecer engañados, ni alimentar la inercia ante formas individualistas. En tal sentido, esperamos, con este dossier, contribuir a revisar el valor de la cultura y la cultura sin valor, entendiéndolas como prácticas que forman parte de un reservorio, al decir de Gramsci, de sentidos, valores, luchas y resistencias, donde nada es prescindible e insignificante.

Finalmente, solo queda agradecer a los y las autoras que han contribuido con sus artículos a este dossier. Ellos nos dan la posibilidad de reflexionar y conocer nuevos saberes en tránsito.

Bibliografía

BATAILLE, G. *La parte maldita. Precedida de La noción de gasto*. Barcelona: Icaria, 1987.

DOMINZAIN, S (coord.), CASTELLI, L., DUARTE, D., e IBARGOYEN, I. *Desigualdades de género en las políticas culturales: un debate pendiente*. Montevideo. Intendencia de Montevideo, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (en prensa).

DOMINZAIN, S. “Territorio, trabajo y políticas culturales: una articulación necesaria en Uruguay”. Ecuador. Pacha. Revista de Estudios Contemporáneos del Sur Global Vol. 1, Nº 1, 2020, pp. 23-31.

DOMINZAIN, S (coord.), CASTELLI, L., CHMIEL, F., ESPASANDÍN, M. V., y RADAKOVICH, R. *Mujeres de la Cultura. Escritoras, artesanas, del teatro, de la música, del cine y la televisión*. Montevideo: Trilce, 2012.

PERIÓDICO LA JORNADA, México. “ONU advierte contra excesiva gratuidad de los productos culturales durante la pandemia”, 4/05/2020. Disponible en: <https://www.jornada.com.mx/ultimas/cultura/2020/05/04/advier-te-onu-contra-excesiva-gratuidad-cultural-en-la-pandemia-688.html>

PINOCHET, C. *et al.* ¿Los artistas como trabajadores? sobre el trabajo artístico y la excepción. *Revista Artishock*, Santiago de Chile, 2019. Disponible en: <https://artishockrevista.com/2019/05/16/artistas-trabajadores-proyecto-ocio/>

REMEDI, G. Ecosistema cultural y cultura “sin valor”, en *Salirse de la línea- Aportes para la reflexión dela gestión cultural en Uruguay*. Montevideo: Centros MEC – Ministerio de Educación y Cultura. Uruguay, 2016.

ZAFRA, R. *El entusiasmo. Precariedad y trabajo creativo en la era digital*. Barcelona. Anagrama, 2017.

ZAFRA, R. “La precariedad en los trabajos creativos funciona como forma de domesticación”, 2018. Disponible en: <https://www.elsaltodiario.com/laboral/entrevista-remedios-zafra-libro-entusiasmo-precariedad-cultura-digital>